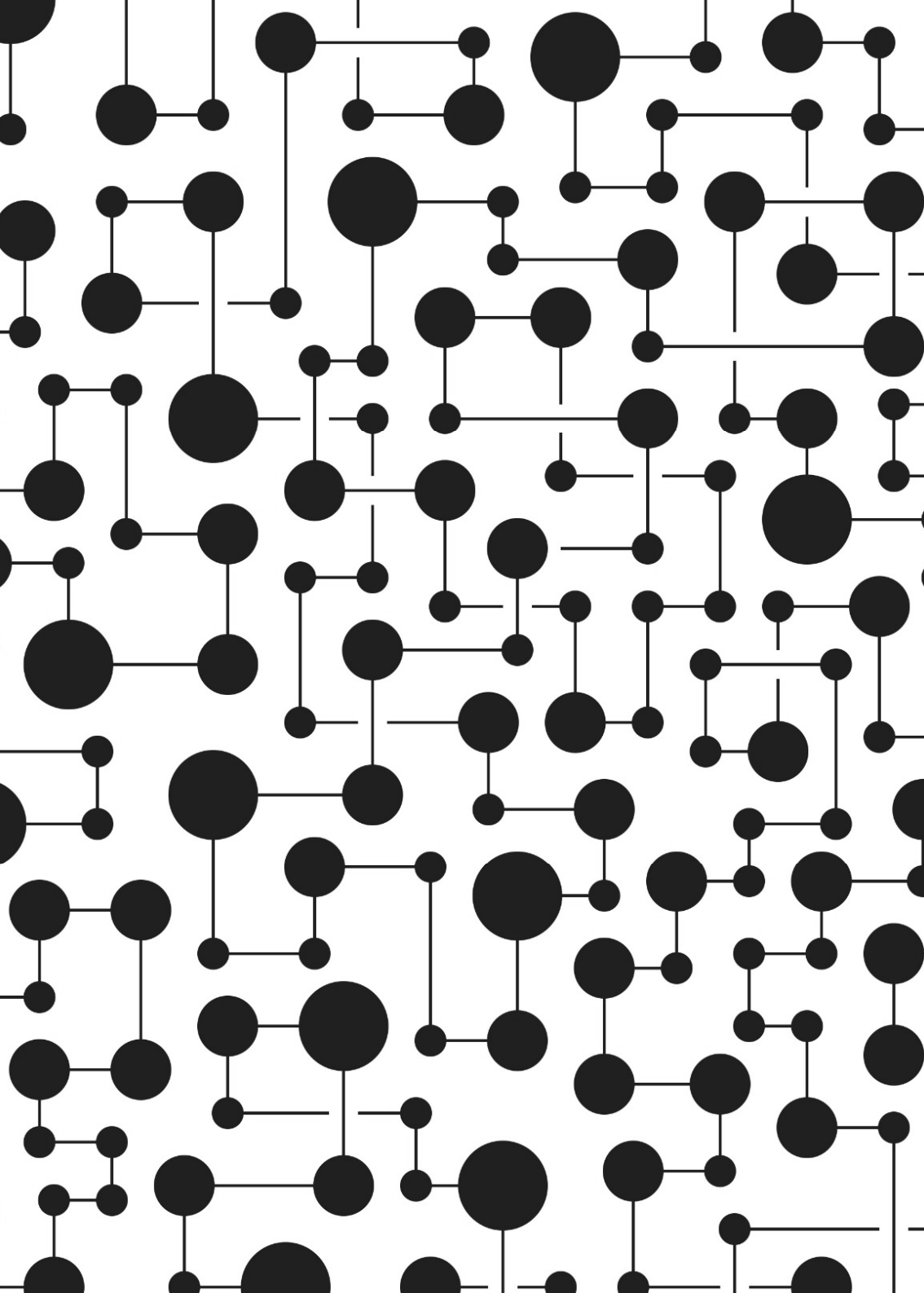
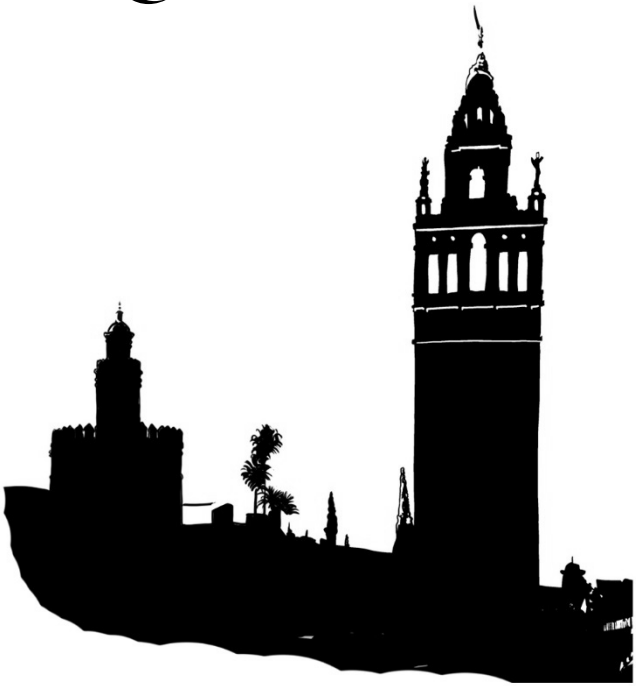


Rafael Flores y Enrique Gago

El Capitán Adobo y la máquina de la lluvia



SAMARCANDA

El Capitán Adobo y la máquina de la lluvia

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición: noviembre 2016
Segunda edición: diciembre 2016

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

©Enrique Gago
© Rafael Flores
© Ilustración de portada: Sergio Mora y Nacho Tenorio (Estudio Buenavista)
www.estudiobuenavista.com
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788416179688

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Corrección: Ricardo Amillategui
Cuesta del Rosario, 8 41004, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

A nuestros padres,
por hacernos sevillanos y capaces de reírnos de nosotros mismos

Índice

Uno 9
Dos 13
Tres 19
Cuatro 23
Cinqui 27
Seis 33
Siete 39
Ocho 43
Nueve 49
Diez 51
Once 57
Doce 65
Trece 73
Catorce 75
Quince 79
Dieciséis 87
Diecisiete 91
Dieciocho 95

Diecinueve 105
Veinte 107
Veintiuno 111
Veintidós 115
Veintitrés 121
Veinticuatro 125
Veinticinqui 131
Veintiséis 141
Veintisiete 143
Veintiocho 147
Veintinueve 151
Treinta 155
Treinta y uno 159
Treinta y dos 165
Treinta y tres 179
Treinta y cuatro 185
Treinta y cinqui 189
Treinta y seis 197
Treinta y siete 199
Treinta y ocho 201
Treinta y nueve 205
Cuarenta 209
Cuarenta y uno 211
Cuarenta y dos 215

Uno

Como era rutinario, el taxi de Pablo Romero llegó al aeropuerto tras una aburrida y eterna marcha en línea recta desde la avenida Kansas City. Con su toque bromista, suele afirmar que un primo suyo se estudió unas oposiciones a Notaría en ese trayecto. Colocó el vehículo en la última posición de una larga cola de coches que cumplían la misma función que el suyo: esperar pasajeros recién llegados a Sevilla.

Prácticamente todos sus colegas presumían de tener las últimas novedades en automovilismo. Pese a ello, Romero obviaba los motores hidroeléctricos, asientos con calefacción o navegadores GPS. Él era fiel a su R5 que, muy a duras penas, conseguía pasar la ITV cada año, aunque por su aspecto no sorprendería que tuviera que pasarla cada lunes.

—¡Pablo, un Sevici tiene más caballos que tu coche! —gritó un compañero de profesión sacando la cabeza por la ventanilla.

Él, que solía caer en provocaciones de ese tipo, bajó el cristal de su ventanilla, obviamente con la manivela, y sacó prácticamente medio cuerpo del coche entre las risas de sus compañeros.

—Mi taxi es como mi mujer: lo importante es el interior.

Efectivamente, el interior del coche de Pablo Romero estaba abarrotado de detalles. Estampitas de Cristos y Vírgenes pegadas con cinta celo, medallas y llaveros colgados del retrovisor, chapas de la

Expo 92 en los parasoles y un callejero en la guantera que no usaba desde hace años. No lo necesitaba.

De repente, la algarabía se acabó más rápido que una cerveza en verano. Como si del arco de la Macarena en plena Madrugá se tratase, una bulla abarrotó los aledaños de la parada de taxis. Había llegado un vuelo desde Barcelona y los taxistas se frotaban las manos, poniendo sus vehículos en marcha. Familias, empresarios y turistas se montaban ordenadamente en los coches. Cuando el auto de Romero llegó al inicio de la cola, un hombre enchaquetado con un pequeño equipaje de mano se sentó en la parte de atrás. Mientras salían dirección a la autovía le preguntó el destino.

—Al hotel Barceló, obviamente —le dijo con un cerrado acento catalán.

—Usted no es de Utrera ¿verdad? —contestó con guasa Pablo Romero.

—¡Oiga! Menos *conya*...

—Su cara me suena —le confesó Pablo mirando dubitativo su faz en el retrovisor—. ¿Es usted utillero del Barça o algo así?

—¡Vaya injuria! —el rostro del catalán denotaba una dura ofensa hacia su persona—. ¡Soy uno de los altos cargos de la *Generalitat* de *Catalunya*!

La eminencia política se cruzó de brazos. Aquel taxista le estaba incomodando más de lo que esperaba. No le agradaba la forma de ser de los andaluces, y ni mucho menos de los sevillanos.

—¡Ah, ya decía yo! —suspiró Romero manifestando que le habría hecho más ilusión tener de pasajero al utillero del Barcelona—. ¿Qué le trae por aquí, señor...?

—Mangamás. Jordi Mangamás —aclaró con prepotencia—. Soy el consejero de turismo de *Catalunya*. Se nota que no ve las noticias a *sovint*.

—¿Qué significa "a *sovint*"? —le preguntó con curiosidad, prestando poca importancia al cargo político del que alardeaba.

—A menudo.

—¡Ah! —contestó tajante con un sonrisa forzada.

Tras esto, se hizo un silencio incómodo en el vehículo. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Jordi Mangamás sacó de su equipaje un antiguo librillo tamaño cuartilla. Más bien parecía un cuento. Le echó una ojeada mientras el taxi avanzaba por las calles de Sevilla. De vez en cuando, Romero pitaba y farfullaba enfadado a los coches que se le cruzaban en los carriles. Como era un taxista bastante sociable, miró al político catalán por el retrovisor y trató de romper el hielo.

—¡Pues a mí me encanta el *sovint* en salsa! —exclamó.

—¡*Escolta*! Está usted...

—No, escolta no tengo —le interrumpió Romero—. Pero si quiere, cierro los pestillos cuando pasemos por las Tres mil.

Jordi Mangamás agarró su maleta y se desabrochó el cinturón de seguridad. No se percató de que dejó caer el librillo al suelo del coche.

—¡Se acabó! Pare el vehículo. Prefiero irme andando a aguantar a un sevillano graciosete.

Pablo Romero, que se sentía más ingenuo que un apoderado de izquierdas en Los Remedios un día de elecciones, paró el taxi en cuanto le fue posible sin saber por qué.

—Pero señor Mangamás, su hotel está en La Cartuja. Como vaya hasta allí andando le van a convalidar el Camino de Santiago. Deje que le lleve.

—Puedo apañármelas solo. Soy muy independiente, en todos los sentidos de la palabra —cogió su maleta, abrió la puerta y bajó del

taxi—. Es más, no le pienso pagar. Ni los españoles, y ni mucho menos los sevillanos, merecen mi dinero.

Cerró de un portazo y comenzó a andar. Podría estar a tres cuartos de hora de su destino. Justo antes de partir, Romero se percató del librillo que estaba en el suelo del compartimento trasero. Se puso a pitar al irritado cliente.

—¿Me va a llevar gratis? —gritó de lejos el catalán.

—¡Se le ha olvidado un libro!

Lo cogió estirándose y le echó un vistazo. Estaba marrón por la antigüedad, casi con el color del papiro. En la desgastada portada podía apreciarse el grabado de una madeja, característica del NO8DO. Las puntas estaban raídas. Bajó la ventanilla, extendió el brazo y el catalán le arrebató el librillo con fuerza.

—Casi me olvido el callejero —exclamó mientras lo guardaba en la maleta. Acto seguido dio media vuelta y se dispuso a caminar de nuevo.

Pablo Romero arrancó de nuevo su R5 acompañado del tambaleo de las medallas y los llaveros que colgaban del retrovisor. Aprovechó que no llevaba ningún cliente para meter una cinta de *cassette* en la ranura. Le dio al *play* y comenzaron a sonar marchas de Semana Santa. Se recreó imaginándose un palio de vuelta.

Como sevillano puro que era, se sentía emocionado. Quedaban tan solo siete días para el Domingo de Ramos. El tiempo auguraba una semana formidable por las nulas precipitaciones, aunque con altas temperaturas. Aun así, sin lluvia prevista, nada ni nadie podía impedir que Sevilla viviera su semana grande. Se encontraba tan eufórico que se habló a él mismo en voz alta.

—¿Por qué no? ¡Me voy a tomar una tapita de adobo!

Dos

Llegó en hora punta a Blanco Cerrillo. En el céntrico bar que escogió había más gente que en una caseta pública. Aun así, Romero consiguió llegar a la barra y colocarse en primera posición. "A mí, que soy capaz de plantar la sombrilla en primera línea de playa todos los días de agosto en Chipiona, se me va a resistir la barra de un bar enseguida", pensó para sí mismo.

—¿Lo de siempre? —preguntó un camarero nada más ver a Pablo Romero.

—Sí, y dale una pataíta al olivo, César.

—A este ritmo, o me parto yo la pierna de tantas pataítas o va usted a dejar Jaén sin olivos —contestó dejando clara una cierta amistad entre ambos.

El camarero colocó en la barra una cerveza y un plato de aceitunas. A continuación, se volvió y sirvió lo que su fiel cliente pedía diariamente.

Pablo Romero remangó su camisa de cuadros como si de un momento tenso y decisivo se tratase. Se disponía a devorar la ración de adobo que le habían puesto por delante sin necesidad de pedirla. Para él, había tres elementos sagrados: su familia, la virgen de su hermandad y el adobo bien hecho. Justo en el momento previo a dar el primer bocado, una sevillana del Pali comenzó a sonar a un volumen desorbitado que retumbó en todo el bar. Era su móvil.

—¿Quién será el oportuno? —dijo para sí mismo mientras rebuscaba en su bolsillo. Vio en la pantalla que era un teléfono que no tenía registrado en la agenda—. ¡Que no quiero cambiar de compañía de móvil!

Estaba a punto de colgar al terminar su rotundo saludo pero, tras oír al interlocutor, se le cambió el gesto. Como él solía decir, se le puso peor cara que jugando al futbito en el Charco la Pava a las cuatro de la tarde.

—Muchas gracias, voy para allá —contestó Romero mientras colgaba el móvil—. César, méteme el adobo en un *tupper* de ésos y ponme la cuenta, que me tengo que ir.

Cogió el recipiente y se marchó tras dejar un engurruñado billete de cinco euros sobre la barra y darle un último trago a la cerveza. Romero se metió rápidamente en su taxi aparcado en la Plaza del Duque y puso rumbo al hospital Virgen del Rocío.

En la llamada le habían informado de que su mujer había sido ingresada por un accidente laboral. Ella era periodista y se encontraba cubriendo un reportaje de cómo se colocan las imágenes secundarias en los pasos de Semana Santa durante los días previos. En su labor de reportera, estaba narrando frente a la cámara cómo se realizaba el proceso. El destino quiso que justo al acabar la frase "sobre los hermanos más implicados recae un enorme peso de responsabilidad", un prioste de unos 120 kilos cayera hacía atrás cuando se encontraba en lo alto de la escalera de mano, aterrizando justo encima de la periodista.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Pablo Romero mientras abría la puerta de la sala de rayos X del hospital con el *tupper* lleno de adobo en una mano.

—¿Quién es usted? —preguntó una joven enfermera que miraba unos papeles sentada en una silla de la sala—. ¡Salga de aquí! Es muy peligroso.

—Yo vengo por Dolores —respondió.

—Esto no va así. Si usted tiene dolores y necesita una prueba de rayos X, debe comentárselo a la recepcionista de la entrada y ella le dará cita. Con suerte, para antes de que abran un Primark en Sevilla.

—¡Que no! ¡Que vengo buscando a mi mujer! —gritó Romero, comenzando a perder los nervios. Dejó el recipiente con adobo en una mesa cercana—. ¡Se llama Dolores y ha estado en esta sala!

—¡Ah, viene usted por Lola! Tenía una pequeña fractura en la pierna —explicó la enfermera—. Se encuentra en una habitación esperando a que la llamen de traumatología.

Romero salió pidiendo disculpas un poco más calmado y se dispuso a buscar la habitación de su esposa. Llegó una hora más tarde tras varios intentos fallidos de encontrarla.

—A ver Lola, que yo al hospital he llegado más rápido que cuando me invitan a una caseta pero, para encontrar las habitaciones he dado más vueltas que un manco en las barcas de la Plaza España. Aún así, yo soy taxista y, como dice la DGT, lo importante es llegar —se excusó junto a la camilla de su mujer—. ¿Cómo estás?

—No te preocupes, Pablo. Me han hecho varias pruebas y no es nada. Una semana de reposo —aclaró la periodista.

—Mientras estés en perfectas condiciones para el Domingo de Ramos...

Romero pasó la tarde junto a su mujer. Le subió varias revistas y algún que otro tentempié. Tenían una idílica relación de casados. Tras varios años, sabían mantener la llama del amor con cenas románticas por Sevilla o piropos como “eres la capataz de mi vida”. Ella era una afamada periodista que quedó prendada del incons-

ciente sentido del humor de su marido nada más conocerle una noche que la llevó a su casa en el taxi desde la Feria.

Estaba anocheciendo y Romero había salido unos minutos de la habitación.

—¡Mira lo que traigo! —gritó entrando mientras enseñaba un puñado de monedas—. Aquí tienes para ver en la tele las entradas en Campana de los últimos veinte años.

Tras echar algunas monedas en la televisión, su mujer puso las noticias de la noche.

"El carismático y polémico consejero Jordi Mangamás se encuentra en Sevilla de vacaciones. Pese a presumir de su condición independentista, se declara amante de la capital andaluza y sus costumbres. El alcalde de la ciudad, Juan Vallas, lo ha recibido y han almorzado en privado".

—¡A ese lo he llevado yo esta mañana! —exclamó Romero señalando la pequeña televisión.

—Es un tío raro. Aunque peor me cae el alcalde; tiene algo que no me gusta, no pega en Sevilla —explicó Lola—. Cambiando de tema, ¿no has comido nada en todo el día?

—¡Pues no! Pero me han dejado un *tupper* para guardar una ración de... —Romero comenzó a mirar por todas partes—. ¿Y mi ración de adobo?

En ese momento, un médico entró en la habitación.

—Doña Dolores, le esperan en traumatología. Ahora vendrán unos celadores y le llevarán...

—¡El *tupper*! —gritó repentinamente Romero asustando al médico.

—¿Cómo que el *tupper*? —preguntó el doctor un tanto desconcertado—. Le llevarán a la sala de traumatología.

—No, que ya sé dónde está el *tupper* lleno de adobo.

Después de que llevaran a Lola a traumatología y le insistiera a su marido que pasara la noche en casa, Pablo Romero volvió a la sala de rayos X. En una mesa aguardaba el *tupper* lleno de adobo que había pasado allí toda una jornada de radiografías. Los médicos pensaron que se trataba de un elemento de laboratorio que iba a ser empleado cuando fuera oportuno sobre los pacientes para una mejor nitidez, por lo que ni siquiera lo tocaron. La enfermera que atendió a Pablo lo reconoció y dejó que se lo llevara. Salió a la calle y se sentó en el asiento de conductor de su taxi.

—¡Ole! —exclamó mientras abría el *tupper*—. Esto va a entrar mejor que un papelón de churros después de una papa gorda.

Comenzó a comer adobo como si no hubiera un mañana. Terminó el *tupper* y lo dejó en el asiento de copiloto más limpio que después de un fregado. Después de un día sin comer, una ración de adobo, aunque fuera fría, le sabía a manjar. "Una leche para los restaurantes gourmet y esas pamplinas" se dijo a él mismo mientras se limpiaba los restos de aceite.

Pese a la insistencia de su mujer, no fue a casa. Reclinó el asiento de su taxi y allí pasó la noche.

El reloj marcaba las tres de la mañana y en la céntrica plaza de Puerta Jerez no había rastro de gente. Repentinamente, apareció un camión del que bajaron cinco operarios de obras que comenzaron a colocar andamios alrededor de la fuente que preside el lugar. La policía patrullaba cerca pensando que se trataba de una simple reforma. De hecho, algún agente farfulló quejándose de los constantes cambios que realizaba el Ayuntamiento sobre los monumentos de la ciudad. Pasadas dos horas, a las cinco de la mañana ya no había andamios ni ningún otro rastro de obra. La zona estaba más vacía que la Calle del Infierno en noviembre.

Un joven agente de la Guardia Civil, que volvía a casa tras pasar la noche poniendo multas en un control de alcoholemia, miró de lejos el centro de la plaza y se acercó corriendo. Habían arrancado por completo de sus cimientos a la diosa Ceres que presidía la fuente de Puerta Jerez. El agente, asustado, sacó su transmisor y lo activó.

—¡Teniente Molina!, ¡teniente Molina! —repitió hasta que recibió respuesta—. ¿Se acuerda de cuando ganamos el Mundial y en la celebración alguien le arrancó la cabeza a la estatua de la Puerta Jerez? Pues ha vuelto a suceder, pero ahora la han arrancado de cuajo, por completo. Y, que yo sepa, España lleva sin ganar algo desde que la Giralda estaba en obras. Además, no estamos en fecha de que aparezcan los *hooligans* de la cucaña para destrozarla.

—¡No se mueva de allí! —contestó una voz imponente al otro lado del transmisor—. Si es lo que pienso, esto es más serio que el paso de la Canina.

Tres

Los pitidos de los coches, el camión del tapicero y la furgoneta con melones en oferta sirvieron esa mañana de improvisado despertador al taxista tras pasar la noche en su viejo y cochambroso vehículo. Nada más incorporarse, Pablo Romero alisó como pudo su camisa, se repeinó el pelo con un poco de saliva y subió a ver a su mujer después de tomarse un café de máquina más caliente que el asfalto de la SE30 en verano.

—¡Buenos días, pimiento de mi serranito! —exclamó Romero a modo de saludo mañanero mientras entraba en la habitación del hospital donde su mujer seguía recuperándose con la pierna ya escayolada—. ¿Qué tal estamos?

—La verdad es que he pasado muy buena noche y ya apenas me duele. El objetivo es llegar al Domingo de Ramos sin problemas, aunque ya saben mi filosofía: partido a partido. —contestó la periodista jocosamente, como si de un futbolista se tratase.

En ese momento, una enfermera entró en la habitación. Tras dar los buenos días, subió la persiana y abrió las cortinas. Un sol espléndido inundó toda la habitación.

—¡Vaya! Parece que, por fin, los meteorólogos no van a fallar y vamos a tener una Semana Santa espectacular, que ya le hacía falta a la ciudad —comentó sonriente la enfermera—. Por cierto, Lola, abajo me he encontrado con su madre que, según he entendido

tras media hora de conversación, acaba de llegar del pueblo. Ya está subiendo.

Romero reaccionó en una milésima de segundo.

—Emm... ¡Bueno! Ya va siendo hora de que me ponga a trabajar, que mi taxi se está moviendo menos últimamente que un surfista en Matalascañas —dijo rascándose la cabeza.

—¿No vas a saludar a mi madre, Pablo? —preguntó Lola mostrándole una mirada seria.

—Es que no he pagado la zona azul y el controlador me tiene más ganas que yo a una silla en la Campana —se excusó el taxista—. Ya saben, Sevilla parece un tramo de la Hiniesta con tanto azul.

Se despidió con un beso a su mujer y bajó las escaleras con la cabeza gacha, por si las moscas.

Eran las diez de la mañana, buena hora para comenzar a buscar clientes. Tras veinte minutos sin éxito, optó por poner las noticias en la radio de su R5.

"El Ayuntamiento de Sevilla informa de una pequeña restauración de la imagen de Puerta Jerez, de la que se espera esté conclusa para inicios de la Semana Santa. Es por ello que la fuente se encuentra rodeada de andamios en estos momentos". Esta noticia preocupó a Romero. No imaginaba el paso de ciertas cofradías por Puerta Jerez sin la famosa fuente de los meones al completo de fondo.

"Por otra parte, en la planta de psiquiatría del hospital Virgen de Valme cinco internos han escapado y se encuentran en paradero desconocido. Advertimos del peligro de estos individuos, por lo que pedimos que extremen la precaución". Romero no le dio importancia a esta noticia.

"La planta de Rayos X del hospital Virgen del Rocío ha sido clausurada temporalmente por un pequeño percance en la jornada de

ayer que...". De repente, Pablo Romero comenzó a sentirse mal. Se sentía muy mareado y optó por parar el taxi.

Al bajar, entró en un bar cercano y se sentó en una mesa de la terraza para que le diera el aire fresco del que aún podía disfrutar en primavera. A partir de junio, un lanzallamas daría más fresquito que la temperatura ambiente de la calle en Sevilla Pidió una cerveza y se la sirvieron en la mesa. Aún mareado, se dispuso a coger el vaso para comprobar si con un trago fresquito se le pasaría el malestar. Al volcar la caña en la boca dispuesto a beber, un bloque de hielo cilíndrico salió y le golpeó en la nariz. La cerveza estaba totalmente congelada. Miró el vaso y, perplejo, llamó al camarero.

—¡Jefe! ¿Yo cuándo le he pedido un Calipo de Cruzcampo? —protestó Romero.

El camarero se acercó y miró sorprendido el vaso con el líquido totalmente congelado.

—Disculpe, señor. No sé cómo ha podido ocurrir. Inmediatamente le traigo otra.

Mientras retiraban la caña congelada, Pablo Romero pensó para él mismo que eso del Calipo de Cruzcampo no sería tan mala idea. "Podría patentarlo y venderlo por Matalascañas", pensó.

—Aquí tiene señor, y perdone —se disculpó el camarero mientras servía una nueva caña.

Ahora sí. Una caña bien tirada, con un dedo de espuma y surcos en el vaso denotando estar muy fría. Con una sonrisa de aprobación al camarero, Romero cogió el vaso, lo observó y se lo volvió a llevar a la boca. Para su sorpresa, un bloque de cerveza congelada volvió a tocarle la punta de la nariz.

"¿Me estaré volviendo loco?", pensó totalmente mareado y frotándose los ojos.

—¡Jefe! ¿Me puede traer un vasito de agua del grifo?

El camarero asintió y se lo sirvió a los pocos segundos. Romero miró bien el vaso al cogerlo; a contraluz, desde arriba, desde abajo... Esta vez no estaba congelado y se veía totalmente bebible. Le dio un contundente trago. Al momento, notó un sabor muy familiar que poco se parecía al agua.

—Pero esto es... —se decía a él mismo mientras observaba el vaso de nuevo— ¡Rebujito!

Dejó una moneda de dos euros sobre la mesa y volvió al taxi tambaleándose. Se apoyó sobre el capó, sacó el móvil y buscó el contacto de su mejor amigo.

—Molina, miarma, necesito tu ayuda —dijo mientras veía todo nublado—. Algo raro me está pasando.

A no muchos metros de allí, en un solitario descampado, un hombre con gabardina se encontraba en el compartimento de carga de un camión a la discreta luz de un foco colgado manualmente. Se aseguró de que la puerta de acceso al compartimento estaba cerrada y comenzó a desembalar una escultura. Era la diosa Ceres de Puerta Jerez. El individuo en gabardina cogió un cincel y un martillo de una caja de herramientas y la miró.

—Es el momento de descubrir si es cierta la leyenda.